

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 46

AÑO II

Madrid, Octubre de 1919.

NÚM. 18

SUMARIO

FRANCISCO ANTÓN.....	Las ruinas de un gran monumento. Santa María de Matallana.
RICARDO GARCÍA GUERETA.....	La ruina del Templo de «El Pilar».
ENRIQUE COLÁS HONTAN.....	Hacia la nueva estética.
LEOPOLDO TORRES BALBÁS.....	La estética de nuestros cementerios. Arquitectura española contemporánea. Dos proyectos de arquitectos montañeses.
	Libros, revistas y periódicos.

LAS RUINAS DE UN GRAN MONUMENTO

SANTA MARIA DE MATA LLANA

La iglesia.

Del monasterio cisterciense que se cobijara en el vallecito, tan recogido y quieto, de Matallana, quedan hoy restos dispersos, bien menguados. Y ellos de la iglesia tan sólo. Mas, con levantar las ruinas harto poco sobre el ras del suelo, créolas lo bastante para autorizar ya una descripción del templo, y para formular alguna consideración en torno á la estructura y disposición del monumento (1).

Existen datos documentales sobre el paraje de Matallana, que lo acreditan como lugar propicio á la vida monasterial, toda vez que, mucho antes que los hijos de San Bernardo, buscaron allí refugio y aislamiento otros religiosos. Religiosas, mejor dicho, pues parece que el convento establecido en Matallana, de que se tienen más viejas noticias, fué de monjas.

Quadrado (2) cita esos datos, muy conocidos ya: un privilegio de Sahagún, indicado por Sandoval y una donación de San Froilán que trae Lobera (3). Según el privilegio, en 950 había en Matallana un monasterio consagrado á Santa María; en la donación, fecha á 21 de Diciembre de 1002, habla el Santo de «las granjas que fueron de las monjas de Matallana».

Pasó después todo ello á la Orden de San Juan, poseedora, con Villalba del Alcor, de grandes pertenencias en la comarca, y, con la Orden, hizo Alfonso VIII

(1) El caserío de Matallana, donde estuvo el convento, se halla situado en un valle, cerca de Montealegre y á pocos kilómetros de Villalba de los Alcores (Valladolid). Muy próximo el paraje á la provincia de Palencia, vense desde Matallana el castillo y el caserío de Ampudia que, como Meneses de Campos, villas ambas palentinas, se asientan en las proximidades del monasterio bernardo.

(2) *Recuerdos y bellezas de España*. Tomo Valladolid, Palencia Zamora.

(3) *Historia de León y vida de San Froilán*.

una permuta, cediendo á los hospitalarios Alcubilla y recibiendo él á Matallana. En 1173 (1), entrégala el rey en feudo á Tello Pérez de Meneses, y éste, con su mujer Gontroda, funda el monasterio de la regla del Cister, pasando los monjes á poseer tierra y convento.

Debió adquirir prontamente gran importancia, y D. Tello añadió á la donación primera otras cuantiosas, como la villa de Ungrillo (2).

En los primeros años los frailes se sirvieron, acaso, de la iglesia que tuviese allí el viejo monasterio de benedictinas, pues el soberbio templo bernardo de Santa Maria de Matallana no se comienza hasta el año 1228.

Lo relativo á la fundación y fábrica de la iglesia quedó estampado en la inscripción que en ella había y que, por fortuna, copió y publicó Manrique, y vulgarizó el P. Flórez en castellano (3).

Decía así la transcripción conocida:

ANNO MILLESIMO DVCENTESIMO
VIGESIMO OCTAVO,
REGINA BEATRIX BONAE MEMORIAE CEPIT AEDIFICARE
ECCLESIAM, ET OBIIT
ERA MILLESIMA DVCENTESIMA SEPTVAGESIMA
TERTIA, ET EX INDE DOMINA
BERENGARIA CEPIT EAM FABRICARE,
ABBAS EGIDIVS

Poco pudo ver doña Beatriz de la obra, ya que murió siete años después de comenzada. Y pues la continuó la madre de San Fernando, á doña Berenguela se deberá la casi totalidad de la fábrica que empezara su nuera.

He creído conveniente recordar aquí todos estos datos que, no por vulgarizados, huelgan en unas notas consagradas á analizar el monumento cisterciense, tan mal conocido.

En efecto, las noticias que de él teníamos eran hasta confusas é incompletas.

García Escobar (4), que ya no vió erguido el templo, habla de él por referencia y lo describe en términos que apenas dejan formar una idea imprecisa de la obra. Sólo es concreto el escritor en ciertas medidas. Todo lo describe en pretérito, como no visto por él. De los sepulcros da indicaciones inexactas, é inexactos son los dibujos que de ellos se han publicado; trazados de pura fantasía.

Hoy, desescombrada toda el área del templo, que era un gran montón de cascotes, piedras y tierra, podemos hablar ya de su planta y estructura. Únicamente resultan hipotéticas—hasta cierto punto—las cubiertas, y dudosos los ingresos.

Es el templo de Matallana (5) de tres naves y crucero con cinco capillas de cabecera. La central, de ábside poligonal, bastante prolongada por anteceder al santuario un tramo de presbiterio, y otro más, corto, antes de desarrollarse el polígono. Las laterales, de frente, abiertas en los brazos del transepto y ocupando

(1) Según Quadrado—ob. cit.—, pues Ambrosio de Morales, en su *Viaje Santo*, dice que la permuta de Matallana por Alcubilla de Valdeeshueba (¿Valdeesgueva?) se verificó en 25 de Agosto de mclxxxi. Y la entrega de Matallana á Tello Pérez de Meneses y á su mujer lleva data en Burgos, tres meses y medio después de la permuta. Añade que el rey confirmó todo en privilegio dado el año mclxxxv. — *Viaje Santo*, pág. 194.

(2) Ortega y Rubio: *Los pueblos de la provincia de Valladolid*.

(3) *Reinas católicas*, tomo I, pág. 447. Morales cree que la Doña Berenguela de que habla la lápida es la hija de San Fernando y de doña Beatriz, que fué abadesa en las Huelgas de Burgos. No es probable. Sería, al morir su madre, muy niña, por cuanto esta Doña Berenguela parece de los últimos hijos que nacieron á doña Beatriz, que tuvo diez. Profesó hacia el año 1241. Casi seguro es que la lápida se refiere á la madre de San Fernando, como va dicho en el texto. Vid. *Viaje Santo*, pág. 194.

(4) *Semanario pintoresco español*, 1852.

(5) Orientado litúrgicamente.

toda la longitud de ellos. Estas se hallan cortadas en su fondo por un solo muro, de modo que al exterior, en planta, resalta un solo ábside.

En alzado, las capillas laterales se acusarían por su menor altura que la central y que el brazo de crucero. Son de planta rectangular.

Las naves tienen cuatro tramos, más el de crucero, que se hallan separados por grandes pilares de núcleo cruciforme, con zócalos esquinados de planta octogonal. Sobre ellos, haces de columnas: dos por frente y tres en cada uno de los lados oblicuos; basas áticas de toro inferior aplastado, con garras de poco relieve; fustes robustos en las columnas de los frentes y finos en las acodilladas. En algunos de estos pilares, los frentes que dan á la nave mayor carecen de columnas; no las tuvieron nunca. Correspondiendo á los aislados son los haces adosados á los muros; y del mismo tipo, con las naturales variantes, propias de su función, los apoyos de arcos triunfales.

Por las capillas del transepto corre una imposta, y en los ángulos y en los muros de esos recintos hay columnas que indican el arranque de nervaduras. Asimismo en el ábside central, donde las columnas se alojan en las quiebras del polígono. Todas van sobre netos, que destacan no poco.

Carece la iglesia de puerta en el imafrente. La tendría en el brazo de crucero para entrada á la sacristía. No va indicada en el plano por ser dudosa su colocación exacta, dado el estado de las ruinas. Además, en el muro del Norte había un hueco grande acaso para el público, y en el muro del Sur, junto á los pies, queda un paso angosto, como un postigo de salida al claustro tal vez.

Las capillas de la cabecera estaban aisladas. Solo el presbiterio de la central se comunica al Evangelio, con la inmediata, por una puerta sin columnas, baquetonada en las boquillas, con imposta de caveto fileteado, al arranque del arco. Las otras capillas tienen por toda comunicación en los muros medianeros, unas ventanitas de arcos trebolados, con exornación de moldura.

En la nave del Evangelio se abre la puertecilla de un recinto pequeño, bajo la torre, y que pudo ser capilla enterratoria. Y en el muro Sur se observa que la línea no es seguida, sino que, en dos ocasiones, retalla dejando huecos que miden de longitud la anchura del tramo, como para alojar sepulcros ó altares.

Abovedamiento. Los apoyos muestran que las naves se cubrieron con crucería de nervaduras, y asimismo también el transepto—cada brazo dividido en dos tramos—y acaso el crucero.

Igualmente el presbiterio y el tramo anteabsidal; el ábside con bóveda de plementos, bombeados probablemente, sobre nervios concurrendo á una clave (1); las capillas absidales con bóveda sexpartita, salvo la de la Epístola, aneja á la central, que tiene dos columnas por lienzo, amén de las angulares, lo que acusa una cubierta, aunque de la misma estructura, más profusa de nervaduras.

Los arcos, todos ojivos y doblados, pues los pilares están dispuestos para ello. Y todos, sin duda, muy robustos.

Los ingresos importantes, probablemente ojivos también, con los consabidos resabios románicos, tan propios de la tierra y de lo cisterciense, serían de columnas finas, capiteles sobrios y arquivoltas baquetonadas.

Las puertas pequeñas, por lo que resta de apoyos y del arranque de un arco, no tenían columnas, sino simples baquetones en las boquillas de las jambas. Un arco completo de este tipo fué trasladado de las ruinas á servir de puerta en la actual capilla del caserío.

Las impostas que quedan son todas del conocido perfil bernardo.

Entre las piedras sueltas derribadas, hay restos de nervios, redondos, con filetes, claramente góticos; algún trozo de capitel y una clave; el uno vegetal, simple; la clave, exornada, con flor central, como una pasionaria, y corona de hojas de car-

(1) Palazuelos el Viejo, Las Huelgas de Burgos, etc.

ARQUITECTURA

do. Aparejo: muy bueno en los revestimientos interior y exterior, formados por grandes sillares. Entre ambos paramentos un relleno muy espeso de piedra y mortero.

Las ruinas subsistentes en la iglesia de Matallana alcanzan la altura de unos dos metros por término medio: todo muy deshecho, descompuesto y roído por la humedad. No en balde ha permanecido enterrado bajo los escombros de las partes altas durante cerca de un siglo.

*
,

La planta del templo es propia de la arquitectura cisterciense, según el tipo de Cîteaux, como en los demás monasterios bernardos de la comarca; es decir, carencia de girola, un solo ábside y capillas abiertas directamente en el transepto.

Todo lo descubierto corresponde perfectamente á la época que fija la inscripción antes copiada. Lo aparecido es gótico, retrasado acaso, con recuerdos y arcaísmos románicos, como casi todos los monumentos bernardos españoles de esta época.

Esto de Matallana acusa adelanto sobre lo de Palazuelos y sobre lo de Valbuena de Duero; el primer templo consagrado—por lo menos el altar—en 1226, y el de Valbuena, aunque fundado á fines del siglo XII, construido probablemente ya dentro del XIII, por lo menos en mucha parte. Y cito estos monasterios bernardos, por hallarse, como el de La Espina, más antiguo también, en tierras de Valladolid.

Tiene este templo de Matallana una semejanza patente con el de las Huelgas de Burgos, á lo menos en la planta y acaso en algunas bóvedas; ambas cabeceras acusan casi identidad (1).

No es extraordinario, sino muy común en lo cisterciense esa disposición. Los ábsides poligonales son muy cistercienses. Así es el central de Palazuelos también, pero la cabecera, en total, de Matallana, es mucho más importante. La de las Huelgas, según Lampérez, se construye entre 1180 y 1215. Tiene interés para el estudio en lo de Matallana (2).

Este es templo acaso no igualado en magnificencia y dimensiones por ninguno otro cisterciense de la comarca vallisoletana.

No en balde fué construido el gran monumento por dos reinas.

La planta, la disposición de la cabecera, lo que resta de columnas, pilares, impostas y molduras, todo en Matallana, corresponde al estilo del Cister y acrecienta su semejanza con la iglesia de las Huelgas la prolongación de la capilla mayor, que es acentuada en ambos monumentos, para coro bajo, sin duda.

Es aventurado juzgar de la decoración en el gran templo de Campos, por lo poco que de ella subsiste. La labra de lo hallado, como dije, plenamente gótica, es fina, menuda y un tanto dura. Sólo han aparecido representaciones vegetales, y ello es bien cisterciense.

La capillita que tiene esta iglesia en la base de la torre pudiera emparentarla con otras de la orden que asimismo la ostentan: Rueda—1226—y Palazuelos—1226 también. Pero las de estos templos son mayores y de especial función.

El templo de Matallana, tal como lo acusa su planta, con el ábside central alto, iluminado al modo del de Palazuelos, con las elevadas cubiertas que indica la robustez de los pilares, con su amplitud y su fuerza, sería un monumento imponente.

Del monasterio no queda ya más que estas ruinas descritas y comentadas. Es cosa extraordinaria que haya desaparecido tan absolutamente la vastísima edificación, seguramente enorme. Tenía la casa, además de las numerosas dependencias propias de un convento bernardo, dos claustros modernos—siglos XVI y XVIII—de grandes proporciones. No hay rastro de ello. Se reconocen, sí, como de lo antiguo,

(1) Con esto rectifico otra hipótesis mía, expuesta antes de descubrirse la planta del ábside. Dadas las reglas edificatorias del templo—una á otra Berenguela—es bien natural esta influencia del monumento burgalés, tan de su afecto y devoción.

(2) *Historia de la Arquitectura cristiana española*, tomo II.

sillares empleados en el caserío actual de la finca. Seguramente, las ruinas habrán sido «cantera» durante muchos años.

Tal vez los escombros han hecho subir el nivel del piso en bastantes lugares del caserío; así quedan cubiertos por la tierra aun bastantes trozos del exterior de los muros; en otros sitios el revestimiento ha desaparecido. Por eso no es posible, en el plano de la planta que acompaña, dar la línea exterior del monumento.

Los Sepulcros.

Entre los escombros de la iglesia han aparecido, unos ahora, otro antes, seis sepulcros más ó menos completos, y dos destrozados.

Vienen á aumentar el interesantísimo grupo de los castellano-leoneses, análogos y, si no tan profusos como sus hermanos de otros lugares aledaños, tienen positiva importancia.

Todos los enterramientos son de urna aislada rectangular, para descansar sobre bichas ó leones; con las paredes del sarcófago exornadas por relieves de heráldica ó de figuras; tapa tumbal en unos, ó sea á dos vertientes, y en otros con estatua acostada.

Junto al oratorio del caserío, bajo un cobertizo, se halla el sepulcro que apareció hace tiempo. Es como he dicho: un sarcófago rectangular que se halla en sus caras verticales, decorado con una arquería formada por arquillos ojivos sobre montados por otro simulado, de igual traza, éste con crespas y cogollo en el vértice; entre ambos, en el tímpano, un rosetoncillo trebolado, y en las enjutas torrecillas relevadas; cobija cada arco á un angrelado de tres lóbulos, y se asienta sobre columnas cortas, de basa ática, con garras, y capitel vegetal. Bajo cada arquillo, como colgado, un escudo de campo liso y cargado con seis piezas cuadrilobuladas. En un testero el *Agnus* sobremontado por cruz y flanqueado por dos ángeles turiferarios volando; al otro testero, vástagos con flores. La tapa, á doble vertiente, está dividida en espacios regulares, en el sentido de la inclinación. Hacen las separaciones zonas con vástagos serpeantes, y tallos de hojas y flores simétricas. En cada espacio de la cubierta, repetido, el mismo blasón de las arcaturas.

Ya en la iglesia, en el tramo del presbiterio, hay otras cuatro sepulturas, dos bajo el arco que comunicaba á la capilla mayor con la del Evangelio y otras dos enfrente. Las primeras, no mal conservadas, han sido removidas, pues no descansan en los leones que las aislaban, sino directamente sobre el suelo, y se hallan colocadas una junto á la otra como, sin duda, no estuvieron primitivamente.

Son los sarcófagos casi iguales. Tiene uno en el contorno, como siempre, la arquería. Pero el arco central, del frente, es rebajado; los demás ojivos, de doble guarnición, con frondas la alta, rosa en el tímpano y castilletes en las enjutas, como ya vimos. Mas aquí, las arcaturas carecen de angrelado.

Ese arco central voltea sobre la escena, repetida en el grupo de sepulcros á que aludí, de la absolución al difunto. En el centro, la urna de piedra, contrafigura de la grande, sobre tres leones; el sepulcrito tiene en el frente dos escudos lisos flanqueando á un castillo, las armas del muerto; á la cabecera, en bastante relieve, como todas las figuras, un obispo (1) con capa pluvial, mitra y báculo, da la bendición á la tumba; tras ésta, dos asistentes, con cruz uno y con el caldero del agua bendita el otro, más tres familiares del muerto llorando y mesándose los cabellos; á los pies del sarcófago, un obrero deja caer la pesada tapa que lo cierra, con ayuda de una palanca. Las arcaturas laterales cobijan, cada una, á tres personas, salvo las inmediatas al centro, que tienen dos figuras bajo el arquillo; á la derecha la esposa del difunto y un caballero, ambos llorando; la esposa se cubre con manto y se toca con el escofón; el caballero lleva capa, es barbudo; bajo el arco inmediato,

(1) O abad mitrado de la Orden.

ARQUITECTURA

tres damas; en el que sigue, tres caballeros; ellas destocadas y con manto; ellos con capa. En las arquerías de la izquierda, junto al grupo central, el abad (1) del Monasterio, con capa y báculo de su prelación, y otro fraile; bajo los arcos que continúan, monjes en grupos de tres, unos con las manos en las mangas, otros con ellas bajo el escapulario.

En vez de columnas, separando los arcos, hay llorantes y monjes; los arcos acaban, sobre las cabezas, en pellón colgante, exornado. En los ángulos, columnas gruesas de basa ática, de garras, y capitel de hojas con bolas.

Testereros: á la cabecera, los familiares del difunto depositando el cadáver dentro del ataúd, todos llorando; encima, tras la cabeza de la estatua, dos ángeles volantes llevando, arrodillada en el sudario y desnuda, el alma del sepultado, la conocida escena. Al testero de los pies, en la urna, cuatro llorantes, varones al parecer, con túnicas cortas, mesándose el cabello; arriba, en la tapa, tras los pies del bulto, dos pajes (¿monteros?) tocando las trompas de caza; junto á ellos, dos perros.

Sobre la tapa, estatua yacente; la cabeza, bastante hundida, sobre dos almohadones, desgastada la piedra, sin detalles ya, y lo mismo la cara de la figura, que tuvo barba; á ambos lados cuélganle melenas rizadas; todo es preciso casi adivinarlo, por hallarse la piedra descompuesta. Viste la estatua túnica corta, calzas y manto; traje como de corte ó capitulo, nada de armadura; las piernas cruzadas. El manto es largo; lo recoge la figura con la mano derecha hacia las rodillas, y con la izquierda agarra el cabo libre de una cinta que pasa por un ojal abierto en el borde izquierdo del manto y que luego se divide en otras tres cintas con fleco, reposando sobre el hombro del mismo lado. Calza espuelas la estatua.

El sepulcro inmediato es análogo, salvo que, en el testero bajo, el relieve representa el caballo del muerto, ensillado, embridado y con paramentos, conducido por pajes llorando; también varían algunas figuritas de las arcaturas, en este sarcófago; los caballeros son muy barbudos. Los blasones son idénticos á los del anterior.

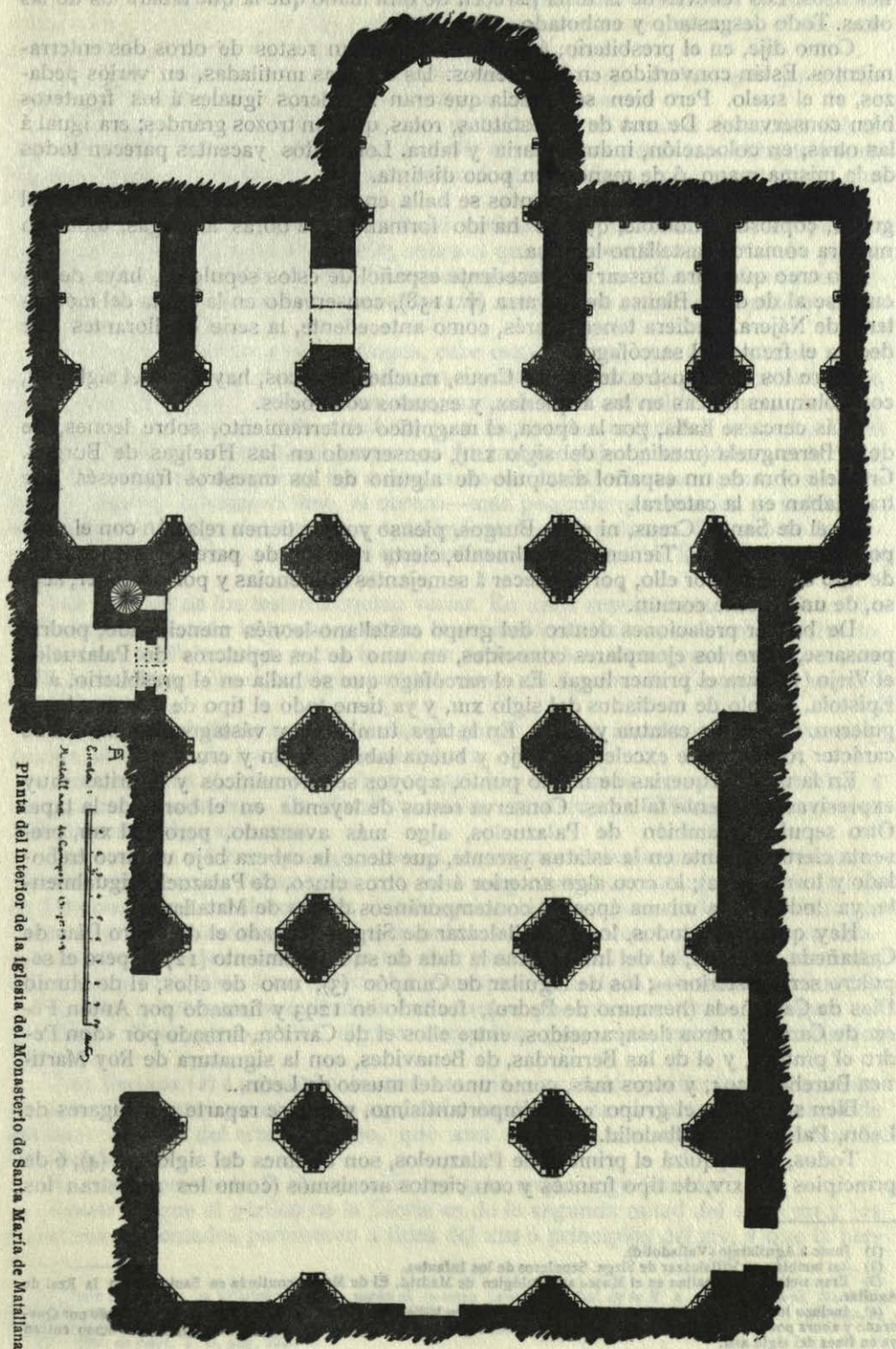
Conservan ambos sepulcros restos de policromía, imitando en los bordes de las almohadas ciertas labores que en otros ejemplares están relevados.

A los pies de la nave de la Epístola hay, como amontonados, otros tres sepulcros, uno de ellos parecido al primero que describí: arquillos iguales á aquéllos, con castilletes en las enjutas y que cobijan escudos colgados de cintas como broqueles, con seis roeles sobre campo liso; las columnitas son de basas áticas con garras sobre plinto estriado horizontalmente; fustes cortos y capiteles de hojas con bolas bajo las puntas. Al testero visible, un Calvario, de cruz baja, muy destrozado, entre dos blasones lisos y dos flores de lis á los extremos. La tapa es de tres paños; en el alto, horizontal, zona de vástagos serpeantes, y otras en los inclinados separando compartimientos ocupados por blasones de roeles, como en la arcatura. En el borde de la tapa, escuditos lisos.

Tras éste hay otro sarcófago casi oculto, de tapa á dos vertientes, pero sin decoración.

Y el restante del grupo es análogo á los del presbiterio ya descritos; las arcaturas son iguales, pero con angrelados trebolados, y todas ojivas, incluso la del centro del frente. Aquí, en la escena principal, la absolución, figura el abad ó prior; lleva báculo y le acompañan dos asistentes; el obispo ó abad mitrado está en el arquillo inmediato, á la derecha del que mira, con capa pluvial sujeta por broche, báculo y mitra; el asistente que está junto al obispo tiene también capa pluvial. Y siguen, en grupos de tres, bajo las arquerías inmediatas, caballeros y servidores llorando y arrancándose el pelo; visten túnicas, sin manto, y son imberbes. A la izquierda, la esposa del difunto y las damas, también tres bajo cada arco. La separación se hace aquí por columnas de tipo algo más fino que las vistas; sólo hay cariátides en el arco central; parecen monjes. La estatua se halla destrozada, pero es idéntica á la de los sepulcros del presbiterio, en actitud y vestidura. Al borde de la cubierta, blaso-

(1) O prior.



nes lisos. Los relieves de la urna parecen de otra mano que la que tallara los de las otras. Todo desgastado y embotado.

Como dije, en el presbiterio, á la Epístola, quedan restos de otros dos enterramientos. Están convertidos en fragmentos: las estatuas mutiladas, en varios pedazos, en el suelo. Pero bien se aprecia que eran sepulcros iguales á los fronteros bien conservados. De una de las estatuas, rotas, quedan trozos grandes; era igual á las otras, en colocación, indumentaria y labra. Los bultos yacentes parecen todos de la misma mano, ó de mano bien poco distinta.

El interés de estos enterramientos se halla en su concurrencia á aumentar el grupo, copioso y notable, que se ha ido formando, de obras análogas, todas en nuestra comarca castellano-leonesa.

No creo que para buscar el precedente español de estos sepulcros, haya de recurrirse al de doña Blanca de Navarra († 1158), conservado en la cripta del monasterio de Nájera. Pudiera tener interés, como antecedente, la serie de llorantes que decora el frente del sarcófago.

Entre los del claustro de Santas Creus, muchos arcaicos, hay uno del siglo XII, con columnas típicas en las arquerías, y escudos con roeles.

Más cerca se halla, por la época, el magnífico enterramiento, sobre leones, de doña Berenguela (mediados del siglo XIII), conservado en las Huelgas de Burgos. Créesele obra de un español discípulo de alguno de los maestros franceses que trabajaban en la catedral.

Ni el de Santas Creus, ni el de Burgos, pienso yo que tienen relación con el grupo que nos interesa. Tienen, naturalmente, cierta relación de parentesco todos los de tipo análogo, por ello, por obedecer á semejantes influencias y por proceder, acaso, de una fuente común.

De buscar prelación dentro del grupo castellano-leonés mencionado, podría pensarse, entre los ejemplares conocidos, en uno de los sepulcros de Palazuelos el Viejo (1), para el primer lugar. Es el sarcófago que se halla en el presbiterio, á la Epístola. Créolo de mediados del siglo XIII, y ya tiene todo el tipo de los que le siguieron. Carece de estatua yacente. En la tapa, tumbal, hay vástagos ondulantes de carácter románico de excelente dibujo y buena labra, blasón y cruz.

En la urna, arquerías de medio punto, apoyos semirománicos y figuritas muy expresivas finamente talladas. Conserva restos de leyenda en el borde de la tapa. Otro sepulcro, también de Palazuelos, algo más avanzado, pero del XIII, presenta cierta variante en la estatua yacente, que tiene la cabeza bajo un arco trebolado y torreado (2); lo creo algo anterior á los otros cinco, de Palazuelos igualmente, ya todos de la misma época y contemporáneos de los de Matallana.

Hay que unir á todos, los de Villalcázar de Sirga—fechado el de Pedro Días de Castañeda, en 1301; el del Infante trae la data de su fallecimiento (1274), pero el sepulcro será posterior—; los de Aguilar de Campóo (3), uno de ellos, el de Munio Días de Castañeda (hermano de Pedro), fechado en 1293 y firmado por Antón Pérez de Carrión; otros desaparecidos, entre ellos el de Carrión, firmado por «don Pedro el pintor», y el de las Bernardas, de Benavides, con la signatura de Roy Martínez Bureba, 1294; y otros más, como uno del museo de León...

Bien se ve que el grupo es ya importantísimo, y que se reparte por lugares de León, Palencia y Valladolid.

Todos, salvo quizá el primero de Palazuelos, son de fines del siglo XIII (4), ó de principios del XIV, de tipo francés y con ciertos arcaísmos (como los muestran los

(1) Junto á Aguilarejo (Valladolid).

(2) Así también en Villalcázar de Sirga. Sepulcros de los Infantes.

(3) Eran siete. Dos se hallan en el Museo arqueológico de Madrid. El de Munio continúa en Santa María la Real de Aguilar.

(4) Incluso los de los Infantes don Felipe y doña Leonor en Villalcázar, como se ve por el epitafio publicado por Quadrado y ahora por el Sr. Inclán é Inclán. Sin duda ambos sepulcros son de los más antiguos del grupo, pero acaso entran ya en fines del siglo XIII.

templos donde se hallan), pero de arquitectura y escultura gótica, en general; bien tosca ésta, casi siempre. El más antiguo del grupo—ese es mi parecer—, el del presbiterio de Palazuelos, tiene escultura más cuidada y fina.

Lo vegetal, vástagos y ramos ondulantes, flores y hojas de las tapas que no tienen estatua, es de carácter románico, arcaico, naturalmente.

La comitiva del duelo, la absolución, se hallan ya en tumbas francesas del siglo XII, y en España se hace común durante el XIII, unas veces tras el bulto yacente, en el muro de un lucillo, y otras en torno al sarcófago, como en el grupo que comento.

Y cercanamente francés es también el motivo del alma llevada al cielo por ángeles volando y teniendo el sudario, sobre el que se arrodilla desnuda. Se piensa que haya sido importada en España esa representación por ciertos relicarios esmaltados, de Limoges. Se halla, á comienzos del XIII, en el soberbio sepulcro de la Magdalena de Zamora.

De los de Matallana y sus análogos, cabe comentar algunos particulares, como la circunstancia de que siempre figuran en el entierro un mitrado y el prior de la casa, aquél con asistentes y éste con sus monjes, unas veces revestido de capa pluvial—Palazuelos—y otras con sólo el hábito, pero siempre en autoridad, empuñando el báculo. También es notable el grupo que forman los pajes y escuderos, doloridos, llevando el caballo de guerra del señor; suele ser constante esta escena, y siempre en los testeros. Interesantísimo, el obrero—más pequeño que monjes y señores—que deja caer la tapa del sepulcro, ayudándose de una palanca. En uno de los sepulcros de Palazuelos, son dos los que realizan esta operación. En Villalcázar, dos también.

Las escenas de los testeros suelen variar. En unos sepulcros se ve la colocación del cuerpo dentro de la tumba y arriba la ascensión del alma; en otros el Calvario. Sobre éste, en Palazuelos, y tras la cabeza de la estatua, se representa la coronación de la Virgen. Y así en algún enterramiento de Aguilar de Campóo y en otro de Villasirga.

En los de Matallana se hace notar el grupo de los monteros con trompas y perros, al reverso de los pies de las estatuas.

Varía también el número de figuras que hay bajo cada arco. En Palazuelos, á veces, dos; á veces, tres. En Matallana varían también; en Villasirga, los grupos son de cuatro figuras ó más.

Los castillos y torres que aparecen en las enjutas de las arquerías, son también de abolengo francés, del XII y del XIII, cosa muy común en la escultura de la Isla de Francia. Tiene esa decoración el baldaquino del sepulcro de la Magdalena, de Zamora, y todos los del grupo de que hablo. En Palazuelos, como dije, una estatua yacente guarece la cabeza bajo un arco trebolado con esa decoración torreada; ello es muy semejante á un relieve del transepto Norte de la catedral de Reims (1).

Es muy interesante la actitud de las estatuas yacentes en estos sepulcros comarcanos. Casi todas—habrá alguna excepción, pero será rarísima—cruzan las piernas.

Dice Bertaux (2) á propósito de esto: «es una convención particularmente absurda para una estatua yacente, que aquí debe explicarse por la larga persistencia de las convenciones del arte tolosano, que aun aceptaba el maestro del pórtico de Compostela...»

No puede persuadir la observación del gran arqueólogo francés.

Aparte de que el pórtico de la Gloria es de la segunda mitad del siglo XII y los sepulcros comentados pertenecen á fines del XIII ó principios del XIV, y que la per-

(1) Esta decoración, en Villalcázar, tiene, según el maestro Lampérez—*Bol. de la R. A. de la Historia*, Noviembre, 1919—ciertos recuerdos mahometanos, por los anillos de los apoyos y por la traza de los capiteles. Sin embargo, el abolengo es francés en lo que hace al conjunto.

(2) *Hist. de l'Art*. T. II, pág. 292.

sistencia sería en este caso bien extraordinaria, creo no tienen las esculturas tolosano-gallegas con los tumbales leoneses ninguna relación.

Estatuas varoniles yacentes en sepulcros ingleses, contemporáneos de estos españoles, tienen, como estos caballeros, las piernas cruzadas. En Inglaterra son numerosos los ejemplos, como lo son aquí. Citaré la tumba supuesta de Roberto, Duque de Normandía, en Gloucester: la pierna derecha de la estatua descansa sobre la izquierda, como en los bultos de nuestros sepulcros (1).

Siempre son nobles, caballeros, y altos caballeros por cierto, los representados así; y que fué común tal representación pruébalo el que llegó á tener interpretación popular; se creyó que esa actitud era privilegio de los *crucados* en una orden militar, algo como un símbolo del cruzamiento. Pero Enlart (2), que anota esto, explica esa postura; dice: «...se sabe, por el contrario, que el cruzamiento de las piernas es una actitud señorial. Los personajes investidos de autoridad... cruzan las piernas en la iconografía de la Edad Media». Y añade que todavía en el siglo xvii tratados de urbanidad hay que recomiendan á los niños y á los inferiores no cometan la impertinencia de adoptar esa postura reservada á las personas de calidad.

Estos caballeros de nuestros sepulcros cogen con la mano izquierda el *fiador* del manto, manto que me parece de orden militar. En Matallana, como en Aguilar de Campóo, ese accesorio es aplastado como cinta ó correa que después de pasar por el ojal de la capa se parte en otros tres colgantes; en Palazuelos es de cordón, que cuelga, luego de afianzar el manto, en dos cordones con borlas.

En unos casos, el fiador sujeta sólo el borde izquierdo del manto, y el cabo suelto es lo que coge la mano izquierda, sobre el pecho. En otros—Palazuelos—sujeta ambos bordes.

Algunos caballeros, en Aguilar y Villalcázar, tienen halcón en la mano.

Los escuditos que decoran los bordes de las tapas, son en Matallana—sepulcros de figuras—de campo liso, alternados con castilletes. El blasón—campo de oro liso—es de los Meneses. Iguales armas hay en las tumbas de Palazuelos. Ya se sabe que los Meneses fueron también fundadores de este monasterio. Los roeles y las piezas cuadrifolias de Matallana no sé á quién puedan pertenecer.

No me atrevo á opinar sobre la policromía que se rastrea en los sepulcros de Matallana, pero la juzgo de la época, aunque lo que resta es insignificante.

Carecen de inscripción estos enterramientos. En Palazuelos las tienen, el que creo más antiguo y otro de la época de los de Matallana.

Si fuera á esbozarse una cronología de éstos, podía suponerse como más antiguos los dos que tienen tapa blasonada, sin estatua, y que carecen de figuras en la urna, por los vástagos vegetales, por las columnas, por la forma de la tapa, todo ello arcaico; seguirían luego los restantes del presbiterio y ocuparía el lugar más moderno el de figuras de la nave de la Epístola.

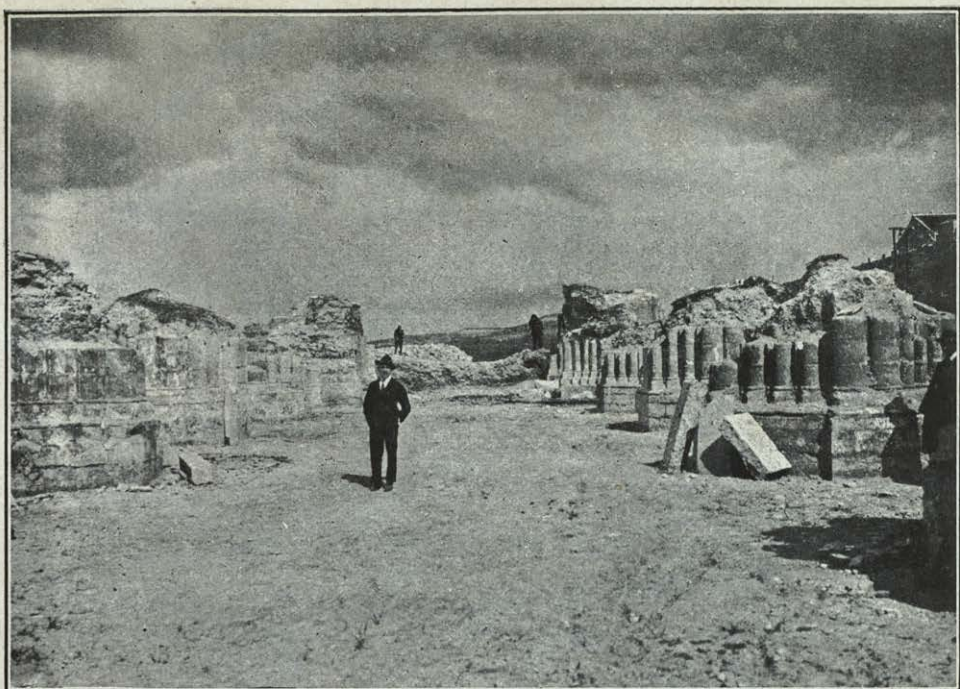
Pero creo que no cabe hacer estas distinciones. Tengo á todos los sepulcros de Matallana por contemporáneos, con la natural diferencia de años entre unas y otras obras. Pero todas de fines del xiii y principios del xiv.

Sospecho que unos mismos artistas labraron los sepulcros de Palazuelos el Viejo y los de Matallana, salvo acaso uno de aquel convento, el que creo de mediados del xiii, y el otro del mismo lugar, cuya estatua yacente se diferencia de todas las restantes; pero que, en cambio, se emparenta con las de los Infantes de Villalcázar.

Que los mismos escultores labrasen los sepulcros de los Meneses en ambos monasterios cistercienses, lo hallo natural, pues se trataba de una sola familia de caballeros. No obstante, se nota—creo yo—más finura en la labra de los de Palazuelos,

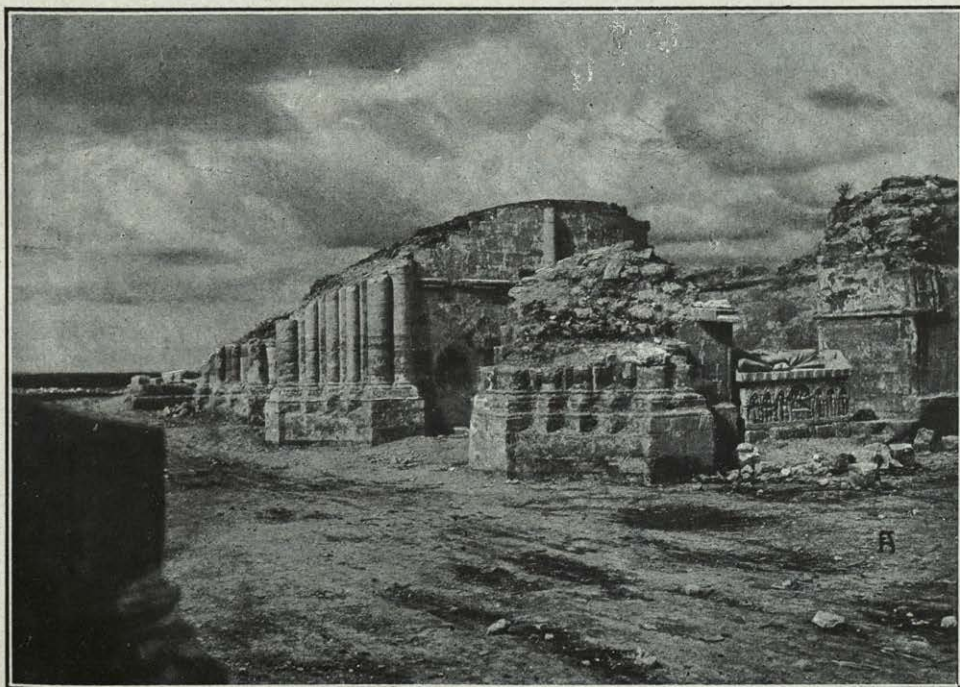
(1) En la iglesia del Temple, en Londres, se repite insistentemente esa colocación de las estatuas yacentes de templarios.

(2) Obra cit. T. II, páginas 209 y 210. El mismo autor, en *Le Musée de sculpture comparée du Trocadero*, pág. 65, hace notar que en el tímpano de la puerta de San Esteban de Ntra. Sra. de París—1257, maestro Juan de Chelles—aparece el Santo ante el juez, que cruza las piernas en señal de autoridad.



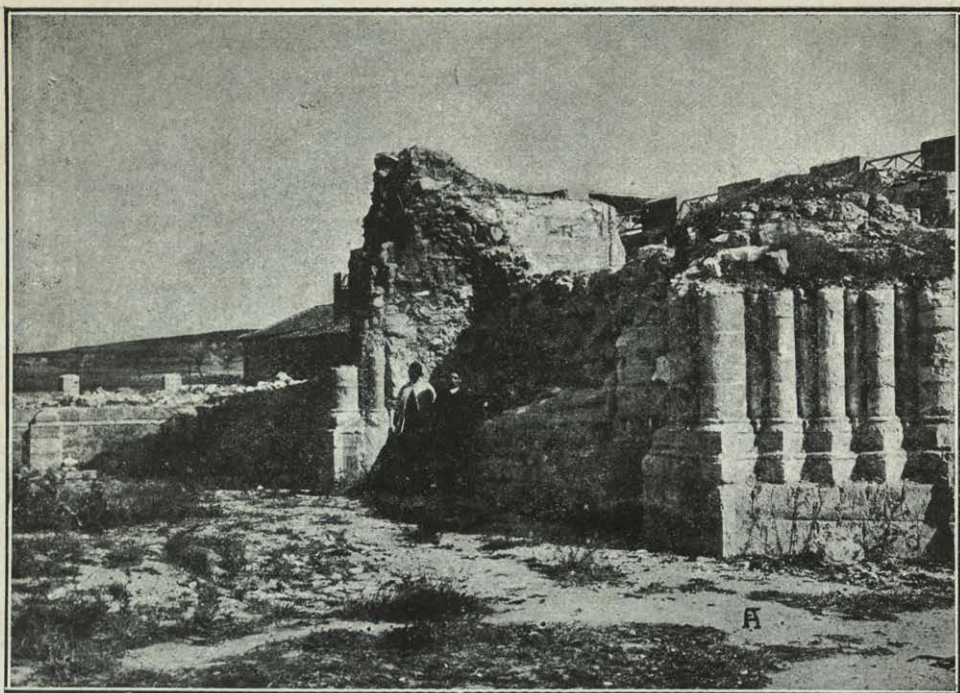
MONASTERIO DE MATALLANA

NAVE CENTRAL DESDE LOS PIES.



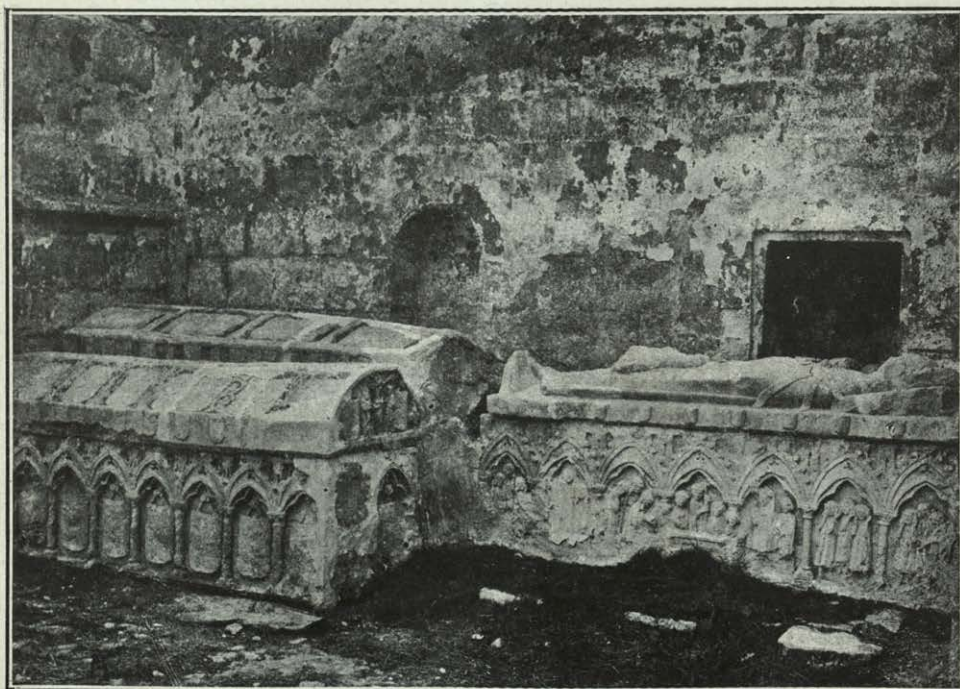
MONASTERIO DE MATALLANA

CRUCERO.
FOTS. F. ANTÓN.



MONASTERIO DE MATAALLANA

PRESBITERIO Y ÁBSIDE.



MONASTERIO DE MATAALLANA

SEPULCROS EN LA NAVE DE
LA EPÍSTOLA.

FOTS. F. ANTÓN.



mejor *mano* y más riqueza y profusión en el exorno. Contribuye algo—no en todo—á esta inferioridad en lo de Matallana la calidad de la piedra y el efecto producido en ella por la humedad y los agentes atmosféricos. Está en mucha parte gastada la superficie de las tallas. Pero de todas suertes, lo de Palazuelos, algo por lo menos, me parece más rico y mejor, y no sólo las arquerías y las figuras de ellas, sino también las estatuas yacentes.

Puede pensarse que todos los sepulcros son obras de taller; su absoluta semejanza, su persistencia en escenas y detalles, la constante repetición de disposición y de actitudes ayudan á sospecharlo. Si las cabezas de las estatuas yacentes son retratos, ó quieren serlo—unas barbadas, otras imberbes—, la «manera» y ciertas convenciones las emparentan mucho; por ejemplo: el peinado en bucles con flequillo sobre la frente—Villalcázar, Palazuelos, Matallana, Carrión—. Todas las figuras parecen hermanas en este detalle.

Y creo yo no sería aventurado atribuir la paternidad de los mejores enterramientos de Palazuelos y de Matallana á Antón Pérez de Carrión, ó, al menos, á su escuela. A este escultor atribuye Bertaux las tumbas de Villalcázar, y Quadrado, también. Ello no es descaminado; todas, las de Carrión, Villalcázar, Palazuelos y Matallana, se apartan en pocos años unas de otras y tal vez proceden de los mismos talleres, si no de las mismas manos (1).

El grupo es, pues, importantísimo.

Originado en la segunda mitad del siglo xiii, dura hasta principios del xiv; creo que de más acá del primer cuarto de ese siglo, no se han hallado en la comarca ejemplares análogos. Parece que no continuó el arte de los tres maestrós mencionados. Claro está que me refiero á sepulcros que guarden con los del grupo una semejanza tan estrecha como éstos acusan entre sí.

El tema se presta á más investigaciones y estudios. Sobre todo á una monografía analizando todos los ejemplares comarcanos, para compararlos cuidadosamente y llegar á conclusiones precisas, en lo posible.

(1) El Sr. Inclán é Inclán, en el *Bol. de R. A. de la Historia*, Agosto y Octubre de 1918 y Agosto y Octubre de 1919, hace minuciosos estudios de los sepulcros de los Infantes de Villalcázar de Sirga.

FRANCISCO ANTÓN



Dibujo del arquitecto R. Fernández Balbuena.